

Â

El dolor y el automÃ³vil los conocÃ­ el mismo dÃ­a. Un automÃ³vil por dentro, quiero decir, y un dolor por todas partes. Y menos mal que la tÃ­a Guillermina no se ha dado cuenta. Porque muy advertida me tiene. Todas las maÃ±anas, mientras preparo los cuadernos y los lÃ¡pices, me dice: NiÃ±a, mucho cuidado con los hombres porque todos son iguales. Lo Ãºnico que quieren es desgraciarte y apenas encuentran lo que buscan te abandonan como un trapo viejo y se van a conseguir otra tonta. SÃ­, tÃ­a Guillermina, contesto, y me voy a la escuela con los ojos esquivos para no dar ocasiÃ³n a que me desnuden con la mirada. Eso dice la madre superiora: que el Diablo ha puesto lamparitas en los ojos de los hombres para desnudar con la vista a las mujeres y ablandar su castidad cristiana.

Â Â Â Â Â Mi diablo habÃ­a estado escondido, pero a principios de este aÃ±o escolar empezÃ³ a perseguirme los ocho minutos de recorrido entre la casa y la escuela y sobre todo los ocho entre la escuela y la casa. A esa hora hay mÃ¡s lÃ¡mparas caminando por las calles del pueblo o reunidas en las esquinas, diciendo groserÃ­as y juntando malos pensamientos para ablandarnos de cabeza a pies.

Â Â Â Â Â A la tÃ­a Guillermina el Diablo ya la dejÃ³ descansar, pero sufre en carne propia los diecisÃ©is minutos diarios que estoy en constante peligro. Bueno, quince, porque a pesar de su cojera me aguarda en la esquina todos los dÃ­as.

Â Â Â Â Â Sin falta. Porque ella tiene el cuerpo muy estropeado, pero la voluntad firme, muy firme. A pesar de las pruebas tan duras que le ha enviado el SeÃ±or.

Â Â Â Â Â Lo malo es que con la prueba mÃ¡s dura la perjudicada fui yo. Porque el Ãºltimo dÃ­a de mis vacaciones a la tÃ­a Guillermina se le ocurriÃ³ calcular distancias y tiempos. Esa maÃ±ana me dijo: NiÃ±a, trÃ­jeme el reloj de la sala porque vamos a dejar establecido a quÃ© hora tienes que estar cruzando la puerta cada dÃ­a. Salimos a los atrancones y la tÃ­a atravessÃ³ el pueblo a las carreras, arrastrando sus piernas gordas como si la estuvieran persiguiendo y sin parar siquiera para secarse el sudor. Â¿Resultado? Once minutos entre la escuela y la casa y diecinueve entre la iglesia y la casa. Cuando se acabÃ³ la mediciÃ³n, la tÃ­a hizo cuentas en una libreta, descontÃ³ el treinta por ciento porque mis piernas no estaban enfermas y tuvo que ir a recostarse porque tenÃ­a el cuerpo martirizado.

Â Â Â Â Â Lo del descuento me perjudicÃ³ mucho. Antes yo me entretenÃ­a en el camino, con tantos Ã¡rboles y pÃ¡jaros y flores, o me sentaba en el puente a ver pasar peces en contravÃ­a, pero desde el dÃ­a de la mediciÃ³n el tiempo me ha quedado tan apretado que siempre camino apurada, sin saludar a nadie y a veces hasta tengo que correr las Ãºltimas calles.

Â Â Â Â Â De la mediciÃ³n no me voy a olvidar nunca. Porque ese dÃ­a vi por primera vez a Carlos AnÃ­bal, al lado del almacÃ©n, con su delantal blanco, muy limpio, muy planchado, y porque, en su empeÃ±o por arrebatarme mi tiempo, la tÃ­a Guillermina se acabÃ³ de torcer los pies y nunca mÃ¡s volviÃ³ a caminar derecho.

Â Â Â Â Â Carlos AnÃ­bal es aprendiz en El Grano de Oro, que estÃ¡ a diez minutos de la casa, o sea cinco y medio de la iglesia, porque es por ese camino. Cuando se dio cuenta de que los domingos yo pasaba enfrente empezÃ³ a esperarme antes y despuÃ©s de misa. A la ida Ãºnicamente me saludaba, pero a la vuelta caminaba conmigo hasta que veÃ­amos la sombra oscura de la tÃ­a Guillermina en la esquina de la casa. No podÃ­a acompaÃ±arme porque la seÃ±ora Hortensia estÃ¡ encargada de esperarme en el atrio. A la salida de misa la encargada del control es doÃ±a Gertrudis. Como vive cerca de la iglesia, tengo que pasar por su casa y decirle: Buenos dÃ­as, doÃ±a Gertrudis, ya terminÃ³ la misa.

Bueno, hija, entonces derecho a casa y mucho cuidado con recibir dulces ni regalos ni nada. Y no se le vaya ocurrir hablar con ningÃºn hombre. SÃ­, seÃ±ora; no, seÃ±ora. Pero es que Carlos AnÃ­bal no era un hombre. Era Carlos AnÃ­bal.

Â Â Â Â Â Al principio casi ni me miraba porque le daba vergÃ¼enza. DespuÃ©s sÃ­. Y me traÃ­a dulces, flores del campo y poemas que me escribÃ­a. HabÃ­a uno que decÃ­a: Eres como la brisa del valle sereno. Y en otro renglÃ³n: QuÃ© llena de fragancia la campiÃ±a. Â¿se me gustÃ³ muchÃ­simo y lo guardÃ© en el libro de geometrÃ­a junto con una violeta perfumosa. Otras veces me regalaba chokolines que sacaba prestados de El Grano de Oro. SÃ³lo dos o tres, Carlos AnÃ­bal, le decÃ­a; para terminarlos en el camino porque, si no tengo apetito, la tÃ­a Guillermina va a pensar que he aceptado comidas ajenas.

Â Â Â Â Â Â¿SermÃ³n?, pregunta ella los domingos apenas llego a la esquina. La familia cristiana o los peligros de la carne o la construcciÃ³n de una iglesia mÃ¡s amplia y funcional, contesto yo, segÃºn sea el caso. Pero en aquellos dÃ­as le contestaba en las nubes porque todavÃ­a estaba pensando en Carlos AnÃ­bal. Y me angustiaba, me angustiaba mucho, porque en la escuela nos hacen repetir cada maÃ±ana los mandamientos y el primero es Amar a Dios Sobre Todas las Cosas y yo pecaba porque a cada momento me acordaba de Carlos AnÃ­bal y en cambio apenas le informaba a la tÃ­a se me olvidaban los sermones del padre Acevedo.

Â Â Â Â Â Los diez mandamientos los explicÃ³ la madre superiora a principios del aÃ±o escolar. Sobre todo el sexto, que es el pecado mÃ¡s feo, el mÃ¡s sucio, y tambiÃ©n debe de ser el mÃ¡s largo porque empieza con un mal pensamiento y termina con la perdiÃ³n eterna. Y es por culpa del sexto que ha pasado todo lo que ha pasado. SÃ­, porque el 17 de octubre sor Clemencia, la monja de Costura y Urbanidad, requisÃ³ maletines y pupitres y todo lo que no le gustÃ³ lo juntÃ³ en un montÃ³n en el centro del patio y le prendiÃ³ candela para purificarnos contra los pecados del sexto.

Â Â Â Â Â En la hoguera ardieron todas las novelas de CorÃ©n Tellado; ardieron las revistas de modas; ardieron los actores de cine. Y ardieron los poemas que me habÃ­a escrito Carlos AnÃ­bal y que yo tenÃ­a escondidos en una esquina del pupitre en una carterita azul celeste de bordes anaranjados. Pero eso no fue lo peor. Lo peor fue que las monjas enviaron a cada hogar una carta con la lista de objetos pecaminosos que la mencionada alumna ha introducido transgrediendo las normas disciplinarias establecidas por este plantel docente... Â¡Ay, la tÃ­a Guillermina! Â¡QuÃ© furia!

¡Qué gritos! Hasta pensé que se iba a morir de la ira y tendría que mudarme a casa de la tía Rebeca, que como s a tiene las piernas sanas me esperaría a la salida de la escuela, a la salida de la iglesia y hasta a la salida de la tienda de la esquina cuando me mandaran a comprar aspirinas.

     No se murió, pero grit  hasta que se quedó ronca, me insult , me menospreció, me dijo libertina, irresponsable y casquivana y también que había puesto en juego el honor de la familia. Y no hubo manera de explicarle que no era ningún juego, que Carlos Aníbal me quería de verdad, que era la única persona en el mundo que me comprendía y que nos íbamos a casar algún día.   Nada de nada! Y me amenazó que si ese muchacho y yo hablábamos una palabra, una sola palabra, ese mismo día me encerraba de novicia en el convento de las franciscanas.

     No podíamos hablar, pero los domingos, cuando yo pasaba enfrente de El Grano de Oro, Carlos Aníbal se asomaba desde una ventana del segundo piso, me lanzaba besos y me hacía señas de que recogiera las cartas que dejaba escondidas detrás de un árbol de manzanas.

     En las cartas me contaba muchas cosas: que soñaba conmigo, que estaba aprendiendo contabilidad por correspondencia, que su hermana mayor cono a la capital, que se casaría conmigo aunque tuviera que esperar toda una vida y que Javier le estaba enseñando a escondidas a manejar el automóvil del almacén. Ya s o maniobrar el timón, me escribió una semana. Lo enciendo, lo apago y domino los botones, decía otra. Y un domingo me escribió con una letra muy robusta: Solamente me falta la reversa. El automóvil nos sacar  de esta cárcel de amor.

     Yo le explicaba que estaba loco, atornillando y desatornillando mi cabeza. Desde su ventana Carlos Aníbal se reía y movía los brazos rapidísimo, como si estuviera conduciendo por una carretera con muchas curvas.

     La semana antes de lo del tren escribió: El próximo domingo después de misa te espero en el automóvil detr  de la iglesia para dar una vuelta. No te preocupes. Volveremos a la hora de tu tía.

     Toda esa semana estuve angustiada e indecisa: que no, que s , que no, que s , que no, que s , que por nada del mundo, que tal vez sí, que me expulsarán de la escuela, que el  ngel de la Guarda se da cuenta de todo. Y la tía Guillermina también. No comía, no dormía, no estudiaba, me secaba por dentro. Así pasaban los días y el domingo antes de la misa todavía no sabía qué hacer. São me decidí después del sermón del padre Acevedo. Es que dijo que teníamos que cumplir con nuestras limosnas y obligaciones a la Iglesia para estar siempre en Gracia de Dios porque la muerte nos podía sorprender en el momento menos pensado.   Ay! Yo no quería que la muerte me sorprendiera tan pronto. Sin despedirme de Carlos Aníbal. Sin conocer un automóvil por dentro. Y mucho menos en Desgracia con la Iglesia, así que puse todas mis monedas en el palo con bolsa negra que pasaba el monaguillo y cuando por fin dijo el padre Acevedo que podíamos ir en paz, sal  corriendo, crucé la calla corriendo y llegué en un instante a la casa de doña Gertrudis. Se acabó la misa. Bueno, hija, y ahora derecho a casa porque el Demonio anda suelto de día y de noche y no respeta ni los domingos del Señor.

     Carlos Aníbal me estaba esperando con la puerta del automóvil abierta. Como si hubiera sabido lo que iba a decir el padre Acevedo. Sub  y me acurrugu  en el asiento. Avanz bamos a todo galope. Carlos Aníbal brincaba cada vez que pis bamos una piedra en el camino, respiraba en voz alta y miraba para todos lados: hacia adelante, después su reloj, las agujas y los números debajo del timón, mi pelo que estaba muy alborotado, otra vez las agujas, otra vez el camino, otra vez mi pelo... Ya puedes mirar, dijo. Levant  la cabeza, despacito, pero la baj  como un rayo porque la madre superiora nos perseguía enfurecida.   Huy!, grit  muy asustada, y escond  la cabeza entre las piernas de Carlos Aníbal. Cuidado, ahí no, qué te pasa, decía á todo nervioso. Es que nos va a alcanzar sor Gabriela, le explicaba yo, nervios sima también. Después de eso nos debimos de salir de la carretera porque brinc bamos como grillos y los intestinos del automóvil hacían mucho estruendo. Paramos. Carlos Aníbal asom  la cabeza por la ventanilla y me dijo que no, que no nos perseguía nadie, que yo debía de tener fiebre y entonces empez  a buscarme la fiebre por todas partes y, como no la encontraba, m is se desesperaba y m is buscaba. Yo estaba encogida y asustada, pero alcancé a escuchar el tren de las once y me puse muy contenta, estiró las manos, estiró los brazos. Venía de muy lejos, repetía traque, traque, traque, y aullaba para soltar el humo por la chimenea. Estaba m is y m is cerca, el cielo se ponía rosado, los árboles se agitaban, la tierra temblaba y yo quería volar para acercarme al conductor de la gorra verde que conoce todos los sitios y tiene los brazos fornidos de tanto saludar a las niñas y niños que lo esperan a la orilla de la carrilera. M is rápido, señor conductor, m is rápido, m is rápido, le gritaba, pero en ese momento me di cuenta de que no era el conductor sino el padre Acevedo que me señalaba con un dedo gordo como una arracacha para que me viera todo el pueblo. El tren estaba repleto: desde una ventanilla me amenazaba la tía Guillermina con una escoba de chamizos, después la señora Hortensia y doña Gertrudis y sor Teresa y sor Clemencia con una fotografía del Infierno y el monaguillo con el palo largo de la iglesia. Sent  tanto desespero que le iba a pedir a Carlos Aníbal que me ayudara, pero ya no pude porque el Diablo me había castigado, lo había malogrado todo y había puesto lamparitas en sus ojos y entonces no era Carlos Aníbal porque ahora era un hombre y yo lo arastr , lo golpe  con las manos, los puños y los pies y después me arrojó en la mitad de la carrilera y el tren de las once me pas  por encima de los brazos, las piernas, los tobillos, la garganta y el estómago y sent  un dolor horroroso por todas partes. Cerr  los ojos con mucha fuerza, hasta que me ardieron, y cuando los volv  a abrir el que antes era Carlos Aníbal estaba diciendo que me bajara del automóvil porque estábamos muy cerca de casa. Y que me calmara. Que me quedaba un minuto y medio.

     Corr  hasta la esquina y desde allí vi la sombra de la tía Guillermina. Aprovech  el minuto que me sobraba para arreglarme el pelo y el vestido. Llegué a la hora exacta.   Sermón?, me grit . Los tres Enemigos del Hombre, contest , y sob ndome el estómago le ment  que tenía que orinar y me adelant  para encerrarme en el baño a llorar.